

NATURA Y NATUR

José María Méndez*

1. Aristóteles como lógico

En este año de 2016 se cumple el 2.500 aniversario del nacimiento de Aristóteles en el 484 a.C. Es obligado reconocer que él fue el iniciador del larguísimo proceso de formalización de la lógica escondida bajo el lenguaje ordinario. Este itinerario comenzó con sus famosos silogismos y terminó con el cálculo lógico, descubierto de forma independiente por Frege en 1879 y por Peano en 1889.

El 1940 Shannon logró reproducir ese cálculo lógico en circuitos eléctricos, y construir así el primer ordenador, que ocupaba varias habitaciones de los Laboratorios Bell de New Jersey, llenos de cables, bombillas y antiguas lámparas de radio.

En este 2.500 aniversario de Aristóteles asistimos atónitos a la apoteosis de los ordenadores y a la consiguiente revolución informática que se ha conseguido gracias al descubrimiento de Frege y Peano¹. No es exagerado afirmar que estamos ante el mayor salto adelante dado por la humanidad en toda su historia.

Algo más trascendente y formidable que la invención de la rueda, la escritura o la electricidad. Con cálculos matemáticos extraordinariamente sofisticados hemos construido locomotoras, turbinas, coches y aviones. Pero sólo cuando hemos comprendido las leyes que rigen el pensamiento humano y su transmisión mediante el lenguaje, hemos podido construir ordenadores, con su descomunal y antes impensable potencia organizativa.

Sin duda los cálculos matemáticos describen con total fidelidad *algo* de la realidad. Ciertamente *algo* lo suficientemente potente para aprovechar en nuestro beneficio el vapor de agua, la explosión de los gases, la fuerza hidráulica o la electricidad. No es extraño, por tanto, que las espectaculares conquistas materiales de la ciencia, y además sus asombrosas predicciones, hayan llevado a una incondicional admiración por ella y por los cálculos matemáticos usados por los científicos.

Quizá la fulminante fama mundial de Einstein, tras la confirmación experi-

* José María Méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.

¹ En los ambientes anglosajones todo el mérito se atribuye a Boole, que publicó su famosa *Algebra* en 1859. Pero no consiguió la formalización perfecta de la lógica sentencial, sino que sólo ofreció un ejemplo de ella aplicada a puntos sobre el plano de un papel. Esta *satisfacción material*, como se dice en la jerga, deja en el aire algunos aspectos formales, que sólo se resuelven con las notaciones completas de Frege y Peano.



mental de la curvatura de los rayos luminosos observada por Eddington en el famoso eclipse de 1919, haya sido el ejemplo más claro de lo que pudiéramos llamar *exagerada apoteosis de la ciencia*.

La Ciencia, con mayúscula, parece a muchos decir la última palabra en todo. La opinión de los científicos, sobre todo si es unánime o al menos generalizada, se estima como la verdad definitiva e indiscutible, la Verdad, también con mayúscula. Tanto es así que no se duda en extrapolar la opinión de los científicos fuera de los límites propios de la ciencia como tal. Si como anécdota personal, el caso de Einstein fue paradigmático, como fenómeno social el ejemplo más a mano es el de Darwin y su *Teoría de la Evolución*, la cual, si la tomamos a la letra, implicaría nada menos que el cálculo lógico de Frege y Peano sería un subproducto o epifenómeno de la evolución de las especies. Como si Darwin no hubiese tenido que someterse a las leyes de la lógica para escribir su famoso libro. Parafraseando la célebre cita jurídica, podría decirse que *la ignorancia de la lógica no excusa de su cumplimiento*. Este cumplimiento es automático al pensar, hablar o entender a los demás. Que no seamos conscientes de este cumplimiento inexorable mínimamente impide que sea en efecto inexorable.

La frase común en casi todos los idiomas *esto es así como dos y dos son cuatro* sin duda es muy anterior a los éxitos prácticos de la Ciencia, que comenzaron como mucho con Watt, Faraday, Volta, etc. en el siglo xix. La exagerada admiración por la Ciencia es un fenómeno relativamente reciente. Hasta ese siglo el paradigma de la verdad no se solía poner en la Ciencia y sus matemáticas aplicadas, sino más bien en la pura verdad matemática, simbolizada en el mencionado apotegma.

37

Pero el propio Frege se dio cuenta inmediatamente de que la matemática es muy poca cosa comparada con la lógica formalizada que acababa de descubrir. En el cálculo lógico no hay agujeros o problemas insolubles, como ocurre ya con las cuatro reglas elementales y la división por cero. Y además, en el cálculo lógico siempre se puede ir para adelante y para atrás, mientras que podemos derivar todas las funciones pero integrar sólo muy pocas.

Con todo, la última palabra se la seguimos concediendo hoy día a *La Ciencia*, que en la práctica es la Física y la Química, y en menor grado la Biología. Creemos ingenuamente que el conocimiento proporcionado por lo que proclaman los científicos nos dice qué es y cómo es la realidad. Nos olvidamos que se trata sólo de *algo* de la realidad, no de *todo*. La ciencia nos permite construir máquinas que funcionan, pero ésa es toda su gloria. Nos dice cómo aprovechar la naturaleza en nuestro beneficio, pero no nos revela el secreto íntimo de la realidad.

Donde mejor se aprecian, tanto la osadía de algunos científicos como la mostrenca credulidad de las gentes, es sin duda en las teorías cosmológicas propuestas por los físicos actuales. Ciertamente manejan cálculos matemáticos de





extraordinaria sofisticación, y hablan de cuerdas y supercuerdas de ventitantas dimensiones. Pero olvidamos que la matemática sólo *arranca algo de verdad* a la realidad, por así decir. Sin duda sus resultados son verdaderos, puesto que las máquinas funcionan y las predicciones se cumplen. Pero no agotan toda la verdad. En cambio, el cálculo lógico, en la medida en que formaliza correctamente el lenguaje ordinario, *arranca toda la verdad* a la realidad.

El proceso de formalización del lenguaje, que inició Aristóteles hace 2.500 años ha culminado recientemente con el cálculo lógico descubierto por Frege y Peano.

Otra asombrosa anticipación de Aristóteles como lógico fue su famoso *entendimiento agente* (νοῦς ποιητικός). En efecto, los cuatro operadores lógicos más usados –afirmador-negador, disyuntor inclusivo, conjuntor e implicador son una fuerza o energía que se da en el ser humano, pero no en los animales. Un perrito faldero ladra triste cuando su amo le deja solo en casa, y alegre cuando vuelve. Lo que no puede hacer el perrito es ladrar al revés, alegre cuando le dejan solo y triste cuando vuelve su amo. No posee el primero de los operadores lógicos. Puede afirmar, pero no negar. Por tanto no posee el lenguaje, ni la libertad inherente al afirmador-negador.

El famoso *entendimiento agente* de Aristóteles no es otra cosa que la capacidad humana de emplear los cuatro operadores lógicos.

Quizá más asombrosa aún fue la afirmación de Averroes. El entendimiento agente es único y el mismo para todos los humanos. A la luz de la formalización de la lógica Averroes no pudo ser más genialmente lúcido.

2. Aristóteles como metafísico

No hay trabajos sobre matemática en la obra de Aristóteles. Pero hay que suponerle el conocimiento suficiente para ser admitido en la Academia de Platón, en cuya puerta un severo cartel advertía: *no entre aquí nadie que no sepa geometría*. Hasta Descartes aritmética y geometría fueron inseparables².

Sin duda Aristóteles intuyó de algún modo todo lo antes dicho. Los cálculos matemáticos funcionan, y en ese aspecto son sin duda verdaderos. Pero se quedan en la superficie. Aferran relaciones cuantitativas interesantes, y sobre todo útiles, pero que no llegan hasta el fondo de la realidad. Aristóteles quería profundizar más en la realidad. Tenía vocación de metafísico, no de matemático.

A él debemos las dos ambiciosas nociones de *esencia* y *naturaleza*. La segunda tendría sentido si conociésemos la esencia de algún ente. *Naturaleza* era para Aristóteles el principio de las operaciones de un ser, según la regla *ope-*

² CARDANO, en pleno siglo xvi, fue el primero en resolver una ecuación del tercer grado. Pero lo hizo descomponiendo un cubo en partes adecuadas. El cubo geométrico y la raíz cúbica de un número eran para él conceptos inseparables.

ratio sequitur esse. Las operaciones siguen a la esencia. Un perro ladra, pero no maúlla. Un gato maúlla, pero no ladra. Se actúa de acuerdo con lo que se es. Sin duda es así, pero ¿conocemos la esencia de un perro o de un gato? ¿Qué significa exactamente la palabra *esencia*?

La palabra castellana *naturaleza* es equívoca. Tiene dos sentidos completamente distintos, como se sugiere ya en el título de este trabajo. Y es muy peligroso no distinguir bien entre ellos desde el principio.

Usamos aquí la palabra latina *natura* para denotar unívocamente la noción que Aristóteles pudo tener de la esencia

de un ente como principio y explicación de sus actividades u operaciones. *Natura* por tanto es aquí un concepto metafísico, y nada más que eso. Nada tiene que ver con los montes, los mares, las plantas o los animales, o con el uso habitual en castellano de la palabra *naturaleza*.

Obviamente *natura* tendría sentido, sólo si previamente lo tuviera la noción de esencia. Pero si no conocemos la esencia de algo, elucubrar sobre su supuesta *natura* es pura fabulación en el vacío.

La filosofía escolástica consideró siempre como algo básico y fundamental la noción de *esencia*, a pesar de que nunca nadie pudo describir con un mínimo de rigor qué denota exactamente tal palabra. En un rasgo de sinceridad el mismo Santo Tomás de Aquino confesó que *ningún filósofo pudo nunca aclarar cuál es la esencia de un mosquito*³.



Cigüeñas que se han avencinado en las ciudades



³ *Collationes de Credo in Deum*. Esta afirmación, más bien festiva y de pasada, no responde a su verdadero pensamiento filosófico. Como fiel aristotélico, en su obra sistemática como filósofo y teólogo Santo Tomás afirma paladinamente que la noción de esencia cae bajo el conocimiento humano.



A la luz de la lógica formalizada moderna cabe definir por fin la noción exacta de esencia. Aunque antes de la noción de *esencia* está la de *individuo*. Hablamos siempre de la esencia de un ente individual. Al pasar de la lógica sentencial a la cuantorial es obligado suponer la existencia de al menos dos entes vistos como dos individuos separados. Con un solo individuo no sería posible distinguir entre el conjuntor y el disyuntor inclusivo. Su carácter diádico exige la existencia de al menos dos individuos, cuyos nombres propios sean **a** y **b**⁴.

La gramática traslada este carácter básico de la noción de individuo al lenguaje ordinario y la convierte en la prioridad del sujeto sobre el predicado en cualquier frase que diga algo inteligible. Todo el mundo dice *el pájaro vuela* y nadie dice *el vuelo pajarea*. El pájaro es visto como un individuo y sujeto gramatical de la frase⁵. Sólo entonces tendría sentido preguntarnos sobre la esencia y la consiguiente *natura* del pájaro en cuanto individuo.

Dicho esto, la esencia del individuo **a** sería exactamente la suma de todas sus propiedades, o predicados monádicos, y de todas sus relaciones, o predicados poliádicos, con el resto de los individuos del cosmos **b**, **c**, **d**,...

Pa, Qa	propiedades
Rab, Sac	relaciones diádicas
Tabc, Vacd,	relaciones triádicas

.....

Tanto es así que la fórmula $-(a \rightarrow x) \ \& \ -(x \rightarrow a)$

la cual en su interpretación más obvia dice *el individuo a no tiene relación alguna con cualquier otro individuo x del resto del cosmos*, es una contradicción lógica, como fácilmente puede comprobarse. Todo está relacionado con todo en nuestro cosmos.

Así pues, la esencia de un ente individual comprendería no sólo sus propiedades o predicados monádicos —los célebres *universales* en que sólo pensaban los medievales y escolásticos posteriores— sino también todas sus incontables relaciones con todos los demás entes individuales del cosmos.

Las propiedades o *universales* de algún ente, supuesto que las conociéramos todas, serían todavía una insuficiente y demasiado pobre noción de esencia. De acuerdo con la fórmula contradictoria anterior, conocer la esencia de algún fragmento del cosmos sólo es posible si estuviera a nuestro alcance la fórmula

⁴ Desde Cantor el fundamento de las matemáticas se pone en la llamada *Teoría de Conjuntos*. La noción de conjunto sería anterior a la de individuo. La lógica desbarata esta arbitraria hipótesis, que lleva a los absurdos del conjunto vacío y del conjunto que se contiene a sí mismo como miembro. El verdadero fundamento matemático es mucho más sencillo. Los números naturales 1, 2, 3, etc. sólo tienen sentido si previamente existen individuos distintos entre sí y capaces de ser contados.

⁵ Ciertamente *el vuelo* es sujeto en la frase *el vuelo de las águilas es majestuoso*. Pero entonces *el vuelo de las águilas* se ha convertido en un individuo desde el punto de vista lógico, distinto del *vuelo de los gorriones*, por ejemplo. Lo que es compatible con que *el vuelo aguileo* o *el vuelo gorrionea* sigan siendo frases que nadie dice.

consistente que es el correlato lógico de todo el cosmos. O si se prefiere, la inmensa conjunción de consistencias que fuesen cada una el correlato lógico de todos y cada uno de sus individuos del cosmos. Pues la conjunción de dos consistencias es también otra consistencia. En consecuencia, sólo el Creador del cosmos conoce la *esencia* del más diminuto ente individual que forme parte de él.

Santo Tomás por tanto dio en el clavo al decir que no conocemos la *esencia* del mosquito llamado **a**. Y Aristóteles fracasó por completo como metafísico al pretender que el conocimiento de las *esencias* está al alcance de una inteligencia finita como la nuestra. Sólo la inteligencia divina, que conoce la gigantesca consistencia lógica que formaliza nuestro entero cosmos, es capaz de conocer la *esencia* de esa mínima parte de él que denominamos *mosquito a*⁶.

La consecuencia obvia de lo anterior es que tampoco conocemos la *natura* de nada, o sea, el principio o criterio explicativo de las acciones o actividades del mosquito **a**, o de cualquier otro ente individual de nuestros cosmos.

Todo esto no tendría mucha importancia, si no fuera porque, al pasar de la conducta del mosquito **a** a la conducta del ser humano *fulano de tal*, la para nosotros inalcanzable noción de *natura* se convierte nada menos que en el criterio que Aristóteles propuso para distinguir entre el bien y el mal.

3. Aristóteles como ético

De acuerdo con el proverbio que los escolásticos repitieron una y otra vez, *operatio sequitur esse*. Lo que un ente individual puede hacer está dado por su *esencia*, por lo que es. Se trata de un criterio general que se extiende al caso del hombre. Si con la expresión *natura humana* entendemos la *esencia* de un hombre como principio de moralidad de su conducta efectiva, la doble regla *bonum secundum naturam* y *malum contra naturam* sería el criterio infalible propuesto por Aristóteles para distinguir las acciones humanas buenas de las malas.

Por desgracia, la lógica formalizada nos ha aclarado de una vez para siempre que no conocemos ni la *esencia* ni la *natura* de ningún ente, y menos aún del más complejo y problemático de todos, el ser humano.

El célebre y escandaloso fallo de Aristóteles al sostener que algunos seres humanos son esclavos *secundum naturam* (*Política* 1254b) hubiera debido alertar a sus incautos seguidores de que aquí se esconde un error metodológico

41



⁶ La rama científica que ofrece una información que quizá se parece algo a la *esencia* es la Química. La notación química describe todos los átomos que componen una molécula y sus relaciones mutuas. Y en Química inorgánica el sistema periódico de los elementos nos describe la composición del átomo y cómo interactúan el núcleo y los electrones. La Física cuántica profundiza mucho más, desde luego, pero entonces todo se complica y perdemos pie. Desaparece la agradable sensación de información completa que ofrece la Química en su nivel más modesto. En todo caso, la notación química quizá sea lo más parecido a lo que imaginamos pudiera ser la *esencia* metafísica de algo.



de primera magnitud. Pero no fue así. La esclavitud pudo parecerle a Aristóteles tan *natural*, como la homosexualidad provocada parece *natural* hoy día a la opinión pública de los países occidentales.

La regla *secundum naturam* fue sostenida siempre como un principio intocable por la corriente filosófica que en definitiva más ha influido en las costumbres y las conductas en nuestro mundo occidental, la Filosofía Escolástica. Probablemente la mayor autoridad moral en Occidente la ha tenido siempre la Iglesia Católica. O al menos ninguna otra opinión moral ha tenido nunca más peso social en la práctica. Pues bien, en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, ingente trabajo de sistematización impulsado por el gran Papa que fue Juan Pablo II y culminado en 1992, puede observarse que en su *Índice temático* el concepto *naturaleza humana* es mencionado nada menos que con 26 entradas.

Podría decirse que, así como la mayor gloria de Aristóteles como lógico ha sido la formalización de la lógica y la revolución informática que estamos viviendo, el mayor fracaso de Aristóteles como ético ha sido la descomposición moral de Occidente, que también estamos presenciando. Quizá nunca como hasta ahora en la historia de la humanidad se haya alcanzado una degradación en los conceptos morales como la que por desgracia estamos viendo. No se trata de los hechos, sino de las ideas. Actos brutales y horribles los ha habido siempre. Pero en el orden teórico, en las opiniones morales, probablemente nunca haya ocurrido lo que, sin ir más lejos, en la propia España hemos leído en los periódicos y escuchado en los televisores. Y lo seguimos leyendo y lo seguimos escuchando. *Los terroristas son buenos porque han prometido no matar más.*

Las víctimas son malas porque piden el castigo de los asesinos de sus padres, hermanos o hijos.

La percepción de la conciencia moral se ha vuelto del revés, como un caletín. Lo siempre malo es ahora bueno, y lo siempre bueno es ahora malo. Si los gobiernos se han atrevido a negociar con los terroristas es porque en las cabezas de los políticos el deseo de apuntarse un éxito está por encima de la distinción entre el bien y el mal. Nunca como ahora estuvo claro para ellos que el fin justifica los medios.

No creo que sea descabellado pensar que la culpa de esta *Umwertung aller Werte*, para emplear la expresión de Nietzsche, sea achacable a que el criterio *secundum naturam* es sencillamente falso y no aclara nada a nadie. ¿Por qué la gente está tan alegremente convencida de que cambiar de sexo, si se desea, es un legítimo derecho, algo *secundum naturam*? ¿Cómo se ha llegado a la aberración de equiparar jurídicamente el matrimonio estéril entre homosexuales con la unión fértil entre hombre y mujer? ¿Qué le importa a los legisladores y a la opinión pública, que la inversión sexual sea *contra naturam* y tener hijos sea *secundum naturam*? En rigor, el fallo clamoroso de Aristóteles sobre la esclavitud es metodológicamente el mismo fallo de la cultura actual sobre la homosexualidad provocada.

Históricamente quizá todo este cataclismo ético venga de la famosa Revolución cultural de mayo 1968 en París y la generalización entre los intelectuales europeos del llamado *pensamiento débil*. Ciertamente, si desaparece el supremo Valor de la Verdad, desaparece también toda distinción objetiva entre el bien y el mal.

Concluyamos, pues, que Aristóteles como ético ha fracasado tan radical y estrepitosamente como ha triunfado Aristóteles como lógico. La regla *secundum naturam* ha carecido de la fuerza de convicción suficiente para contener la disolución de la conciencia moral en Occidente. En realidad este fracaso no debiera sorprendernos, porque el criterio *secundum naturam* carece en efecto de rigor lógico. Si queremos reconstruir la conciencia moral del hombre occidental, y de toda la humanidad en general, hemos de buscar el apoyo adecuado justamente en la formalización de la lógica, en el valor de la Verdad afortunadamente reconquistado. No nos preocupemos porque los ignorantes no quieran estudiar lógica moderna. Contentémonos con saber que la lógica moderna existe, y está al alcance de todo el que quiera salir de su ignorancia.

4. La eterna falacia *es* → *debe ser*

Quizá el tema de la homosexualidad provocada sea el ejemplo más obvio del fracaso de la ética aristotélico•escolástica para convencer a nadie, y menos aún para imponerse con la autoridad de la verdad objetiva a la desnortada opinión pública de nuestros días. No digamos ya de cualquier otra ética pretendidamente seria y sistemática, porque en nuestra infausta época ni siquiera las hay.

En cambio, cabe convencer a alguien que sinceramente busque la verdad de que la homosexualidad humana no puede universalizarse, y por tanto es un anti-valor. Si todos los humanos, todos sin excepción, hombres y mujeres, fuesen homosexuales, desaparecería la raza humana de este planeta.

Pudiera parecer que, si le argumentamos que la homosexualidad provocada es *contra naturam*, en realidad le decimos lo mismo. Pero si preguntase ¿por qué *razón lógica*?, la ética aristotélica carece de respuesta suficiente para hacerle cambiar de idea, mientras que el criterio de Kant le pondría en un aprieto⁷.

En las páginas anteriores hemos criticado el método *secundum naturam* porque no conocemos cuál sea exactamente la naturaleza de un animal, y mucho menos la de un ser humano. Pero aun en la hipótesis de que la conociéramos, cometeríamos el salto lógico *es* → *debe ser*, si de ese supuesto conocimiento derivásemos que algo es objetivamente bueno y debe hacerse. Lo mismo que del hecho de que haya ahora mucha corrupción política en España no se deduce que deba haberla, tampoco del imaginario escenario de que nadie robe de hecho



⁷ Aunque no lo explicitamos aquí, la universalización de un valor ético es plenamente formalizable en lógica moderna. Cfr. José María Méndez, *Liberalismo y Socialismo*, ALTAR MAYOR, N° 170, pag 179.



Adopción de un niño por dos lesbianas

se derivaría que respetar la propiedad ajena sea algo en sí mismo bueno y deba ser.

Hume tuvo el inmenso mérito de haber sido el primero en detectar esta falacia tan corriente. Y por eso Kant decidió fundamentar la ética en el deber ser como tal. Todas las éticas propuestas antes de la axiología, o *filosofía de los valores* como se la llamaba antes, están corroídas por este básico error lógico.

El método *secundum naturam* es un ejemplo sutil y fino de esta falacia, que viene de Aristóteles y ha sido mantenida hasta nuestros días por la Filosofía escolástica. Pero el mismo salto se comete de manera más grosera y burda cuando se argumenta que algo es bueno porque causa placer (hedonismo), o porque produce efectos benéficos para la sociedad (utilitarismo), o porque un grupo de sabios se ha puesto de acuerdo en que tal cosa es buena (Escuela de Frankfurt).

El placer, lo mismo que los gustos o veleidades de la gente son hechos de este mundo y de todo ello no se deriva ningún deber ser. Y da igual que esos hechos coincidan o no con lo que objetivamente es valioso.

Lo mismo puede decirse de las ventajas sociales, por evidentes que sean. Tiene sentido decir que, si algo es objetivamente bueno, no debiera sorprendernos que también sea benéfico para la sociedad. Pero no cabe razonar al revés e inferir que esas ventajas sociales sean la condición suficiente de la bondad objetiva.

Y otro tanto cabe decir de la tan alabada ética del diálogo y del acuerdo promovida por la Escuela de Frankfurt. Incluso en el supuesto de que todos los humanos, todos sin excepción, nos pusiésemos de acuerdo en que algo es bueno y debe hacerse, eso sería un hecho, del que tampoco cabría derivar ningún deber ser.

El dialogo propuesto por la Escuela de Frankfurt no se ha conseguido de hecho nunca. Lo más que se ha logrado son algunas declaraciones en la ONU sobre los Derechos Humanos, con ninguna repercusión en las costumbres y ni siquiera en las políticas de los gobiernos. En cambio sí es un hecho patente la intoxicación masiva de los medios de comunicación social, alentada y sostenida por los políticos y los intelectuales más o menos comprometidos con los políticos. Es un hecho objetivo que en pocos años ha cambiado radicalmente la opinión pública sobre la inmoralidad de la homosexualidad provocada⁸. Lo que antes era condenado como el nefando vicio de sodomía ha pasado a ser una conducta honorable y hasta protegida por la ley. No cabe negar que este cambio social constituya un hecho, o sea una realidad objetiva. Pero sólo eso, un hecho. ¿Acaso se deduce de este hecho que se haya modificado la maldad intrínseca de la homosexualidad provocada y su deber no ser? Se trata sólo de la más zafia manera de cometer la falacia *es → debe ser*. O si se prefiere, de la más flagrante imposición de la ley del más fuerte. Que el más fuerte sea en este caso una efectiva mayoría social o parlamentaria, no altera las leyes lógicas.

La formalización de la lógica, que nunca agradeceremos suficientemente a Frege y Peano, nos ha hecho también el inmenso servicio de aclarar por qué Hume tenía razón, y toda la razón. Sin duda el perspicaz Hume se dio cuenta de que una bondad objetiva, que debe incondicionalmente ser, por fuerza ha de consistir en algo muy serio, algo que esté muy por encima, no sólo de la voluntad humana y las veleidades de la historia, sino hasta de todo aquello que se sitúe en el nivel de lo contingente y por tanto formalizable como una consistencia lógica. Pero Hume no pudo ir más allá.

Hoy sabemos que los tres conceptos morales básicos –*obligatorio, permitido y prohibido*– se formalizan lo mismo que los tres tipos de fórmulas lógicas –*válido, consistente y contradictorio*–, o los tres conceptos ontológicos básicos –*necesario, posible e imposible*–.

LOGOS	ESSE	DEBER SER
validez	necesario	obligatorio
consistencia	posible	permitido
contradicción	imposible	prohibido

⁸ Obviamente no hablamos aquí de la homosexualidad de nacimiento, que es una desgracia inculpable lo mismo que nacer ciego o sordomudo. Tampoco insistimos en el hecho obvio de que el sexo humano forma parte de *Natur* y la parte merece el mismo respeto que el todo. ¿Qué razón, aparte del mero arbitrio del poderoso, puede darse para probar que el sexo humano no forma parte de *Natur*?



La genialidad de Hume estuvo en vislumbrar de alguna manera que el deber ser de lo objetivamente bueno no está en el nivel de lo consistente y posible, sino en el nivel de lo válido o siempre verdadero en el reino del *Logos*, y de lo necesariamente existente en el reino del *Esse*.

La eterna falacia *es → debe ser*, que está a la base de todos los sistemas éticos propuestos, con la única excepción de la Axiología basada en la intuición directa e intelectual de los valores, es paralela a estas dos obvias falsedades

consistente → válido o bien posible → necesario

La triple equivalencia a que dan lugar los nueve conceptos del cuadro es anterior al Big Bang. Su verdad intrínseca es independiente de que existan o no mundos finitos o creados. No exige que algo *posible* pase a tener existencia *actual*. Esa verdad absoluta se sostiene por sí misma, antes de que nuestro mundo empezase a existir, o si se prefiere, antes de que los seres humanos empezasen a existir.

Después del Big Bang lo consistente y posible pasa a ser existente actual, o *contingente*, para usar la palabra comúnmente usada. Aparece la naturaleza con sus hechos y la historia de los seres humanos con sus conductas efectivas. Pero tanto la naturaleza como la historia están siempre en el nivel de lo contingente. Lo contingente nunca asciende al nivel superior de lo válido y necesario.

Los hechos de la naturaleza y de la historia permanecen siempre en el nivel de lo consistente y de lo posible. No ascienden de categoría lógica u ontológica porque hayan adquirido existencia. O sean ahora hechos reales, o hayan pasado *ex potentia ad actum*, para usar la terminología tradicional.

Ahí está la razón profunda de la falsedad de la falacia *es → debe ser*. Según esta profunda razón, tan falsa es la ética aristotélico-escolástica, como las burdas afirmaciones que oímos en nuestros días *—yo hago con mi cuerpo lo que quiero—* o las aberrantes leyes actuales, dictadas no *contra naturam* sino *wider Natur*. La caprichosa voluntad de las personas singulares está en el nivel de lo contingente, de lo lógicamente consistente y ontológicamente posible. Son hechos —de la naturaleza o de la historia, da igual— de los cuales no se deriva deber ser alguno, que se sitúa siempre en el nivel superior de lo lógicamente válido y ontológicamente necesario.

Sin duda la falacia *es → debe ser* puede sin verse como un hecho social, como algo que ocurre. La homosexualidad provocada es el ejemplo más a mano en nuestros días. Ya Göbbels dijo que una mentira suficientemente repetida acaba convirtiéndose en verdad. Lo que no podrá conseguirse nunca es que la falacia como tal deje de ser una mentira.

Sencillamente, a efectos metodológicos la verdadera ética comienza con Kant y Scheler. Y se complementa con los aportes de Nicolai Hartmann y el moderno cálculo lógico.



5. La intuición intelectual de los valores éticos

La axiología comprende otros valores además de los éticos u obligatorios. Pero como el deber ser de lo obligatorio lo apreciamos en la ética, vamos a limitarnos en lo que sigue a este ámbito valioso.

Gracias a la formalización de la lógica comprendemos ahora la decisiva importancia del tándem *Kant-Scheler*. Hay que ponerlos juntos, porque Scheler nunca comprendió lo aprovechable de Kant.

Debemos a Kant la fundamental idea de que la ética tiene que empezar por la noción de deber-ser. Su mérito no desaparece porque a continuación lo echase todo a perder con su absurdo deber ser vacío de contenido. Debemos a Scheler la también fundamental idea de que aprehendemos el deber ser de los valores en alguna materia o conducta humana concreta.

Veo que alguien recoge un trapo sucio del suelo y lo echa en un contenedor cercano. Mis ojos de la carne ven lo que *es*, lo que sucede, un hecho contingente. Pero mi ojo axiológico, o mi *conciencia moral* como siempre se ha dicho, percibe directa e intelectualmente lo que *debe ser*, en este caso la *limpieza*⁹. Más clara todavía es la situación contraria. La persona observa el trapo sucio en el suelo y que a dos metros hay un contenedor, pero pasa de largo. Mi sentido de la vista percibe otros hechos contingentes, pero mi conciencia moral capta el mismo deber ser que antes, aunque ahora en forma de ausencia y no de presencia. Por eso, en mi opinión, la definición correcta del valor percibido en la intuición axiológica es

lo que debe ser, sea o no sea.

47

Lo que *es* o *no es* lo percibimos mediante la ordinaria intuición sensible, digamos **x**. Pero lo que *debe ser*, digamos **F**, es captado mediante una intuición intelectual que se superpone o añade a la intuición sensible.



Cabe formalizar esta definición de valor así:

Fx & 0F

donde **x** es la acción humana en la cual apreciamos el valor **F**, da igual si por presencia o por ausencia. Obsérvese que lo que debe ser **0** no es la acción **x**, sino el valor **F** que intuimos en ella.

Cabe adornar un poco el ejemplo. Alguien se agacha para coger el trapo y echarlo al contenedor. Pero percibe un olor fétido que le echa para atrás. Quizá

⁹ La limpieza es un genuino valor ético. Si todos fuésemos limpios, todos sin excepción, todos saldríamos ganando y nadie perdiendo. Para entender bien lo que significa captar directamente el deber ser de un valor ético, recordemos a Unamuno que en su *Diario Intimo* dice: *ser bueno es hacerse divino, porque Dios es la Bondad en sí*. (Alianza Ed, Madrid 1996, pag. 93). Quizá nos sorprenda la frase *ser limpio es hacerse divino, porque Dios es la Limpieza en sí*. Pero en último análisis los valores son las perfecciones reales de Dios percibidas directamente en la intuición axiológica. La axiología concibe a Dios como *Valor Valorum*.

pueda intoxicarse y ponga en peligro su salud. Cumple con el valor de la limpieza pasando de largo. A continuación aparece un químico, que identifica el hedor como inofensivo. Coge el trapo y lo echa tranquilamente en el contenedor. Varían las acciones concretas x , pero no el valor F .

Se trata de otra manera de enfatizar que lo que *debe ser* no es la acción concreta x , que siempre está en el nivel inferior de lo contingente, sino el valor F , que está en el nivel superior de lo válido, lo necesario o lo que debe ser. Lo válido, lo necesario y el deber ser del valor ético están en nivel supremo de lo divino. Hasta ahí llega la intuición axiológica.

La rama de la axiología que llamamos *ética* consiste en identificar, en la medida de nuestras limitaciones intelectuales, los valores F que aparecen en las conductas concretas x . Propiamente, no hay ciencia ética de los casos concretos x , pues cada persona es única en la historia universal. *No hay otro yo en el mundo*, dice D. Quijote. Sólo Dios posee ciencia ética de los casos concretos, por más que todos seamos tan aficionados a juzgar al prójimo y nos sintamos capaces nada menos de emitir una sentencia sobre la persona y su acción concreta, que sólo Dios puede dar.

La verdadera axiología es más modesta y aspira únicamente a identificar y ordenar los valores F . Si lo consigue, será la primera ética en la historia que usa la metodología correcta¹⁰. ■



¹⁰ En el nº 166 de ALTAR MAYOR, julio•agosto 2015, puede encontrarse más información sobre las posibilidades de ordenar los valores éticos, supuesto que antes los hayamos identificado con un mínimo de rigor.